

Yo la he visto: decía así, *Bertrand*, y luego seguían algunas disposiciones de familia.

Carlos V no sobrevivió á Duguesclin mas que dos meses y cuatro días, pues falleció en su palacio de *Beauté* sur Marne el 16 de setiembre del 1380 al medio día. La vida de este monarca puede caracterizarse por una de sus máximas, que se ha conservado hasta nuestros días. «No comprendo la felicidad de los reyes, solía decir, sino por la facilidad que tienen de practicar el bien. El reinado de Carlos V fue un reinado de reparación y de recomposición de la monarquía. El arte militar hizo considerables adelantos en tiempo del buen condestable, que en su juventud puede compararse á Bayardo, y en su edad madura á Turena. Una obstinada prudencia tuvo encerrado á Carlos V en su palacio: tenía muy presentes las desgracias de Crecy y de Poitiers, y quería confiar la suerte de la Francia, no á la impetuosidad, sino á la paciencia del valor de sus hijos. Dejó por consiguiente abierto el reino á las correrías de Eduardo, que se pasó con su ejército de Burdeos á Calais, y de Calais á Burdeos cuando le dió la gana. Los soldados franceses veían con sumo disgusto desde lo alto de las murallas, en donde les obligaban á estar encerrados, esas correrías; y los ingleses iban siempre perdiendo algunas plazas; las provincias cedidas se cansaban del yugo de los extranjeros, y los antiguos, grandes vasallos de la corona, acudían con sus quejas á los pies de Carlos V, que con la mano apoyada en el corazón de Francia, y sintiendo reanimarse la vida, empezaba ya á hablar como soberano.

CARLOS VI.

(Desde el 1380 al 1422.)

La minoría de Carlos VI se pasó entre las depredaciones y las rivalidades de los tres tíos paternos y tutores de aquel príncipe, los duques de Anjou, de Berry y de Borgoña: el duque de Borbon, hombre apreciable, casi no pudo contrabalancear los males de una administración sin talento y sin justicia.

Sublevación de Rouen y de París; robos y matanzas de judíos; Estados en que se oye hablar del *pueblo* y de la nación; guerra civil en Bretaña; desórdenes ocasionados por el cisma; tal es el prólogo del drama, cuyo primer acto se abre con la locura de Carlos VI. El virtuoso abogado general Juan Desmarests fue arrastrado al cadalso como cómplice de trastornos, á los que por el contrario había opuesto la autoridad de su virtud.

«Maese Juan, le decían al llevarlo al suplicio, pedid gracia al rey á fin de que os perdone.» Desmarests contestó: «He servido al rey Felipe su abuelo, al rey Juan y al rey Carlos su padre; los he servido bien y lealmente. Nunca me pusieron en ocasión de tenerles que pedir nada, y otro tanto haría este si me conociera á fondo: no quiero pedir gracia sino á Dios.» Palabras magnánimas al par de las que en ningún tiempo se hayan pronunciado.

Las ejecuciones nocturnas principiadas en este reinado fueron continuadas en lo sucesivo: no por ocultar la iniquidad se la despoja de su funesto influjo.

Los cadáveres de los ajusticiados eran arrojados al Sena con un cartelón que decía: «*Dejad pasar la justicia del rey.*» Advertencia al Loira en 1793 para dejar pasar la *justicia del pueblo*. Los asesinatos jurídicos fechan del gobierno de los Valois: se caminaba hácia la monarquía absoluta.

Juan, hijo del duque de Borgoña, se casó con Margarita de Hainaut, y Carlos VI, de edad de diez y siete años, contrajo matrimonio con Isabel, hija de Estéban, duque de Baviera, de catorce años de edad. Hay no mbres que en sí solos parecen llevar la sentencia de los destinos (1835). «En Francia, dice Froissart,

»hay la costumbre de que cualquiera señora, por hija de alto personaje que sea, se deje registrar y ver enteramente desnuda por otras damas para saber si es á propósito para la maternidad.» El seno de aquella mujer que, sujetándose á esa costumbre, debía ser vista enteramente desnuda, debía sostener á Carlos VI.

Gran proyecto de desembarco en Inglaterra (1386); mil quinientos buques reunidos en el puerto de Ecluse; cincuenta mil caballos dispuestos para ser embarcados; municiones de guerra y de boca, entre las cuales figuraban barriles llenos de yemas de huevo cocidas y reducidas á polvo como harina. Una ciudad, digámoslo así, de madera de tres mil pasos de diámetro, fortificada con torres y atrincheramientos, compuesta de piezas de ensambladura que podían montarse y desmontarse: en su recinto podía encerrarse un ejército: no podemos, á pesar de nuestro estado de perfeccionamiento artístico, figurarnos una obra tan gigantesca de carpintería, y es indudable por los restos que aun se conservan de aquellos tiempos, que el arte del carpintero llegó entonces á estar mucho mas adelantado. Los buques de la flota estaban adornados con pinturas y trabajos de entalladura: magnificencia que recuerda los bajeles de Cleópatra. La alta aristocracia había descendido desde el mas alto punto de su poder al mas alto grado de riqueza; había llegado, como todo poder, al período del lujo, y por consiguiente su fuerza empezaba á declinar: los enanos que hacían esos gigantescos preparativos fueron abrumados bajo su peso. Las intrigas y pasiones del duque de Berry, las depredaciones de todos sus agentes y el regreso de la mala estación, fueron causa de que la Francia no pudiera devolver á Inglaterra los males que esta le había causado, y de todo aquel pomposo aparato no resultó de positivo sino el haber los propietarios tenido que pagar de contribución una cuarta parte de sus rentas (1386).

Aquellos príncipes de la primera casa de Valois eran unos espíritus fastuosos, limitados é ingubernables; su casa estaba llena de una multitud de criados condecorados, verdaderas sanguijuelas de los pueblos, y azote de las córtes. Aquella dorada turba gozaba de inmunidades escandalosas: no había supernumerario de cualquiera dependencia, que mientras le llegaba el turno de su efectividad no estuviera dispensado de toda carga pública.

El 1.º de enero del 1386 fue el último de la existencia del rey de Navarra, hombre que amaba el crimen con el mismo ardor que la disolución, y que si hubiera hallado un medio de reanimar en su pecho la maldad, se hubiera valido de él como se valía de una sábana empapada en espíritu de vino, con la cual se hacía envolver para restaurar las fuerzas agotadas por la intemperancia. Dentro de esta sábana fue quemado.

A este año de 1386 hay que referir el duelo judicial de Juan Carrouges y Jacobo Legris. La esposa del primero suponía haber sido violada en su habitación por el segundo, que era un noble adicto á la casa del duque de Alenzon. «Jacobo, Jacobo, dijo á Legris la señora, mal habeis procedido en mancillarme de ese modo; pero yo me lavaré de ese deshonor si Dios quiere que mi señor marido pueda volver.» En aquella época se hallaba en Escocia. Legris fue muerto. Carrouges pasó al Africa á pelear con los moros y no volvió.

En 1386 acaeció el suceso de Juan de Clisson y el duque de Bretaña, aventura referida en mil partes, y últimamente contada por un historiador (M. Barante) que nada me deja que decir. Bavalan salvó á su señor de un crimen y de remordimientos. Clisson pagó una multa de cien mil libras y entregó cuatro plazas al duque: de manera que los nobles tenían todavía plazas fuertes en su poder. Los señores de Laval y de

Chateaubriant salieron fiadores de aquella multa. En 1387 llegó Carlos VI á la mayor edad y empuñó las riendas del gobierno.

En 1389 se celebraron solemnes exequias en San Dionisio por el alma de Duguesclin. El obispo de Auxerre pronunció un discurso en obsequio del buen condestable: la primera oración fúnebre se pronunció en memoria de Duguesclin, y la última en recuerdo del gran Condé; pues en ese nuevo género de elocuencia inspirado por la gloria de las armas francesas, y noblemente desarrollado entre la tumba de dos grandes capitanes, no puede decirse que haya existido nadie despues de Bossuet.

Tembló la Europa al solo nombre de aquella potencia otomana que, habiéndose apoderado de Constantinopla, amenazaba no tardar mucho en oprimir á la antigua patria de la civilización, y que en la actualidad espira al devolver á la Grecia su libertad.

Bayaceto anunciaba que pasaria á Occidente, y haría que su caballo comiera cebada sobre el altar de San Pedro en Roma; reacción de las Cruzadas, así como estas la habían sido del primer desbordamiento de los pueblos del islamismo sobre los países cristianos. No ha cesado la guerra de exterminio entre los pueblos de Cristo y de Mahoma, sino cuando se ha debilitado el principio religioso de ambos.

Diez mil franceses, entre los que figuraban mil caballeros é igual número de escuderos de las mejores familias de Francia, mandados por los mas ilustres señores, pasaron acaudillados por Juan de Nevers, segundo duque de Borgoña, á socorrer á Segismundo rey de Hungría: por tanto mal que debía causar á Francia iba ese señor de Nevers á conquistar el sobrenombre de Juan sin Miedo en los calabozos de Bayaceto. La pérdida de la batalla de Nicopolis, como ya lo he hecho notar en otra parte, contribuyó juntamente con las derrotas de Crecy, de Poitiers y de Azincourt á dislocar el ejército aristocrático, y á establecer el ejército nacional. Cuando el duque de Borgoña salió de las prisiones de Bayaceto, este tuvo que dejarse meter en la jaula de Tamerlan. El Asia era en aquella época teatro de las grandes invasiones.

El duque de Turena que posteriormente fue duque de Orleans, se casó con Valentina de Milan, hija de Galeas Visconti. Pedro de Craon, favorito del duque de Turena, cayó en desgracia por haber revelado á Valentina de Milan una infidelidad de su marido. Craon era enemigo del condestable Clisson, y pariente del duque de Bretaña.

Isabel comenzó á manifestar su propension al lujo y á la galantería: instituyóse en su corte el tribunal de amor organizado á semejanza del tribunal de justicia. Entre los que ejercían cargos en aquel tribunal figuraban los príncipes de la familia real, nobles los mas antiguos de Francia, doctores de teología, grandes vicarios, capellanes, párrocos y canónigos. Esa es la época en que los novelistas han colocado las aventuras del pequeño Juan de Saintré. Las mas terribles verdades no interrumpieron el curso de aquellas ficciones: viéronse en aquel siglo marchar tan pronto unidos, como separados, crímenes y amores, diversiones y asesinatos, escenas dignas de la historia y otras á propósito para la novela, todos los desórdenes, por decirlo de una vez, del mundo real y del mundo imaginario: la imaginación se apoderó de los crímenes, y los crímenes de la imaginación. Los furros del cisma y la invasión de los ingleses, acabaron de complicar las disputas de los borgoñones y Armañacs.

En 1392 el duque de Turena obtuvo el ducado de Orleans en cambio del de Turena.

Craon trató de asesinar al condestable Clisson el día del Corpus del 1392; mas no le quitó la vida á pesar de las heridas que le hizo. Carlos VI quiso castigar á Craon que se había puesto bajo la protección del du-

que de Bretaña. Dióse orden al ejército de ponerse en marcha. En el bosque de Mani una especie de fantasma envuelta en un sudario, con la cabeza y los pies desnudos, se precipitó de entre dos árboles sobre la brida del caballo de Carlos VI, diciendo: *No pases adelante, vuélvete atrás, rey, porque estás vendido.* El espectro volvió á meterse en la maleza sin que nadie le persiguiera. Un paje que llevaba la lanza del rey la dejó caer sobre el casco de hierro de otro paje: al ruido dispertó el rey de su especie de estupefacción: desenvainó la espada y se arrojó sobre los pajes gritando: «¡Adelante! ¡Adelante contra esos traidores!» El duque de Orleans se presentó presuroso; Carlos se lanzó contra él: «Huid, gallardo nieto de Orleans,» le gritó el duque de Borgoña, Monseñor quiere mataros. ¡Oh la enorme desgracia! Monseñor está enteramente fuera de sí. «¡Cielos! ¡Sujetarlo!» El rey no mató ni hirió á nadie por mas que diga Monstrelet. Fue llevado á Maus en un carro de bueyes. Los duques de Berry y de Borgoña, tíos del rey, se apoderaron del gobierno. Lariviere, Lemercier, Montaigu y el Tartamudo de Vilaines, ministros de Carlos VI, recibieron orden de retirarse, y el condestable Clisson huyó despues que oyó decir al duque de Berry que le haría saltar el ojo que le quedaba en el rostro. El papa de Roma Benito, sostuvo que Dios había privado de su juicio al rey por haber sostenido al anti-papa de Aviñon; Clemente, papa de Aviñon, sostenía á su vez que el monarca se había dementado en castigo de haber sostenido al anti-papa de Roma. El pueblo compadeció al joven monarca y oró por él, en tanto que los próceres se regocijaban pensando en que los negocios del Estado vendrían necesariamente á parar en sus manos. Jorge III se vió en una monarquía constitucional privado de razon por espacio de muchos años, durante los cuales puede decirse que ocurrió el período mas glorioso de la monarquía inglesa. Carlos VI, en una monarquía absoluta, permaneció poco mas ó menos igual plazo en un estado de insania, y este fue precisamente el período mas desastroso de la monarquía francesa: esto consiste en que el régimen constitucional, la razon nacional, súplica la razon del rey, al paso que en la monarquía absoluta en pos de la locura del monarca viene forzosamente la locura de la corte.

El parlamento, reunidas todas sus secciones, confirmó el edicto de Carlos V, que fijaba la mayor edad de los reyes en la de catorce años. La tutela de los príncipes quedó encargada á la reina, y á su hermano, Luis de Baviera; de allí á poco se confirió la regencia del reino al duque de Orleans, hermano del rey. Hubo un consejo de tutela compuesto de doce personas, mas no llegaron á designarse los miembros que habían de componer el consejo de regencia. Carlos VI hizo testamento, y vivió despues de haber dispuesto personalmente de todo, como si no viviera.

¿Y es de ese rey muerto de quien en lo sucesivo se oye hablar como padre de hijos naturales; cómo habiendo estado á punto de ser quemado en un baile de máscaras donde su insensatez le hizo figurar bajo el disfraz de salvaje; cómo negando haber sido rey, cómo borrando con furor su nombre y sus armas; rogando que apartaran de su lado todo instrumento con que pudiera herir á alguno, diciendo que prefería morir á hacer mal á nadie, y conjurando en nombre de Jesucristo á los que podían ser culpables de sus padecimientos que no se los agravaran prolongando su dolorosa existencia? ¿Es ese monarca de quien se dice que al ver á la reina exclamaba: *¿Quién es esa mujer? ¡Libradme de ella!* y que admitía por engaño en su lecho la hija de un chalan que la reina le enviaba para que la reemplazara? ¿Sombra augusta, desgraciada y lamentable, en derredor de la cual se agitaba un mundo real de sangre y de festines; ¡Espectro régio de cuya helada mano se apoderaban para

hacerle firmar órdenes de destrucción, y que inocente de los actos que aparecían á la luz del sol revestidos con su firma, volvía por la noche á lamentarse entre los vivientes de los males que pesaban sobre su pueblo! ¿Qué testimonios existen de aquella enfermedad de un monarca, que no pudo ser curada ni por un mágico de Guiana con su libro *Simagorad*, ni por dos frailes que fueron los primeros criminales asistidos en su última hora por dos confesores? ¿Qué sólido monumento atestigüa en Francia las calamidades de un reinado que pasó entre la aparición de una fantasma y la de una pastora? Un amargo sarcasmo del destino de los imperios y de la fortuna humana; un juego de naipes.

Es notable el año de 1395 por haberse mandado en Francia dar á los reos de muerte el auxilio de confesores; mas aun á fines del siglo último no se les permitía tomar el sacramento de la Eucaristía, á pesar de haber reprobado muchos concilios semejante rigor como incompatible, como lo es en efecto, con la caridad cristiana y con el principio moral de una religion que convierte el verdadero arrepentimiento en inocencia.

Los reos que sufrían en París la última pena, se detenían dos veces durante su marcha al patíbulo; una en el patio del convento de monjas llamadas *Hijas de Dios*, besaban un crucifijo, tomaban agua bendita, bebían un sorbo de vino y comían tres pedazos de pan, que se llamaban *último bocado del paciente*. Sauval hace notar que esta costumbre se parecía á la última comida que los judíos hacían tomar á los condenados á la última pena, y al vino que ofrecieron á Jesucristo. ¿No podría decirse que era mas bien un recuerdo de la última comida de los mártires, la *comida libre*? Las ejecuciones solían generalmente hacerse durante el domingo y los días festivos. Los primeros ministros de la religion que auxiliaron á los criminales fueron los franciscanos, y á estos les sucedieron los doctores en teología de la Sorbona: sublime ministerio del sacerdocio que principió en 1395 por mandato de un rey de Francia desgraciado, y que en 1793 había de dar el postrer consuelo á otro rey de Francia mas desgraciado aun.

Acostumbrábase tambien ofrecer vino á los jueces que presenciaban la ejecución, y ese vino se compraba á expensas del verdugo. En 1477 se le abonó al verdugo por el preboste de París una suma de doce libras y seis dineros por haber suministrado par, peras y doce cuartillos de vino á los señores del parlamento y oficiales del rey, mientras que el duque de Nemours (Armagnac) se estaba confesando por postrera vez.

El último año del siglo XIV vió dos papas que renunciaron, dos reyes que fueron sentenciados y destronados por dos asambleas nacionales: el rey de Inglaterra, Ricardo II y Wenceslao, emperador de Alemania. Importábale tan poco el imperio á este borracho y disoluto emperador, que vendió despues de su destronamiento á los habitantes de Nuremberg, por unos cuantos toneles de vino, el derecho de soberanía que le había quedado sobre ellos. Fracasó la expedición de Luis de Anjou contra Nápoles. Quiso el duque de Borbon apoderarse por sorpresa de Burdeos y Bayona durante las turbulencias que causaron el destronamiento de Ricardo II; no lo pudo conseguir, y la corte de Francia, viendo que no podía despojar á Enrique de Lancastre, se arregló con él.

Estallaron las desavenencias de las familias de Orleans y Borgoña: hay en la historia de esta última casa algo de grande, y de mas interesante que en la primera; sin quererlo se hace uno partidario suyo, se perdona la debilidad de sus costumbres en obsequio de su afición á las artes, de su lealtad en la desgracia, y de su heroísmo. Por su rama ilegítima se pasa desde Dunois á Longueville, y por su rama legítima se llega desde Valentina de Milán á Luis XII y Francisco I.

La casa de Borgoña fue la que dió primer márgen á los atentados que figuraron en aquellas contiendas. Juan Sin Miedo, que sucedió á su padre Felipe el Atrevido, hizo asesinar (23 de noviembre de 1407) al duque de Orleans. Ambos príncipes se habían jurado amistad inviolable en presencia del consejo del rey, bebiendo, en señal de ratificación de su juramento, *vino aromatizado con unas mismas especias*, abrazándose al separarse; ambos habían tomado la comunión de manos de un mismo sacerdote, y el duque de Borgoña había prometido ir á comer á casa del duque de Orleans que lo había convidado: no fue, sin embargo, á buscarlo en el festín de los muertos á donde lo envió al día siguiente á pesar de haber asistido juntos á la sagrada mesa de la Eucaristía, y de haber sido huésped suyo en el festín de los hombres.

El duque de Borgoña por de pronto negó su crimen, y andando el tiempo se jactó de haberlo cometido: último recurso de los que son demasiado culpables para negar su atentado, y demasiado fuertes para sufrir su castigo. El pueblo detestaba al duque de Orleans, y compuso trovas á su muerte: los crimines no inspiran horror sino en las sociedades que se hallan en reposo, y en las revoluciones forman, digámoslo así, parte de ellas mismas, y vienen á ser como el drama y el espectáculo.

Habiéndose divulgado por París la noticia del asesinato, la reina llena de terror se hizo llevar al palacio de San Pablo; la mujer adúltera fué á ponerse bajo la protección de la régia locura. No tardó en tener que huir del duque de Borgoña llevándose á Tours al enfermo monarca. Valentina de Milán sucumbió víctima de su dolor sin haber podido obtener justicia. Acusáronla de hechicería, y tenían razon si se hubieran referido á sus gracias y belleza. Hechicera debió en efecto parecer aquella donosa italiana, que trajo al áspero clima de Francia, á la Francia todavía bárbara, las costumbres dulces, y la afición á las bellas artes. Hubiéranla quemado por su hermosura, como quemaron á Juana de Arco por su gloria.

El tratado de Chartres dió amplia latitud al poder del duque de Borgoña; decapitaron al señor de Montaigu, administrador de Hacienda, pero no remediaron nada; convocaron una asamblea para reformar el Estado, pero el Estado se quedó sin reforma. Los príncipes, disgustados de estos acontecimientos, tomaron las armas contra el duque de Borgoña. El de Orleans, hijo del asesinado, se había casado en segundas nupcias con Bona de Armagnac, hija del conde Bernardo, que habiendo tomado á su cargo dirigir al partido de Orleans, dió lugar á que este tomara su nombre. Verificáronse inútilmente conferencias de paz en Bicêtre, y últimamente ambos partidos se prepararon para las hostilidades. Los de Armagnac asediaron á París; pero habiéndose presentado el duque de Borgoña al frente de un ejército hizo levantar el sitio. En medio de todos esos males volvió á reanimarse la antigua guerra de los ingleses.

París fue teatro de una sedición: el palacio del rey y el del Delfín fueron allanados; la facción de los *Carniceros* tomó por divisa el sombrero blanco, y por último el duque de Borgoña perdió su poder y tuvo que retirarse: abriéronse negociaciones en Arras.

El rey de Inglaterra hace un nuevo desembarque. La pérdida de la batalla de Azincourt renueva todas las desgracias de las de Crecy y Poitiers. París se ve en poder de los Borgoñones, despues de haber sido gobernado por los Armagnacs; fuéranse las puertas de las prisiones, y los presos se ven asesinados. Los ingleses se apoderan de Rouen, y Enrique V toma el dictado de rey de Francia.

Conclúyese (1419) un tratado de paz en Poncean entre el duque de Borgoña y el Delfín. ¡Vana esperanza! La enemistad era demasiado intensa: Juan Sin Miedo fue asesinado en el puente de Montreaux.

El nuevo duque de Borgoña, Felipe el Bueno, se hace aliado de los ingleses para vengar á su padre. Enrique V se casa con Catalina de Francia, y Carlos VI lo reconoce por heredero en perjuicio del Delfín. De allí á dos años se firmó el tratado de Troyes; Enrique V murió en Vincennes, y Carlos VI en París.

Al volver el duque de Bedford de los funerales de Enrique V, rey de Inglaterra, arregló los de Carlos VI, rey de Francia. Esa correría entre dos féretros, entre el del mas feliz y glorioso de los monarcas y el del mas abatido é infeliz de los soberanos, es una lección tan grave, como filosófica. ¿Quién se aprovechará de ella? Nadie.

CARLOS VII.

(Desde el 1422 al 1461.)

El Delfín se hallaba en Espally, castillo situado en Velay, (otros dicen en *Mehun sur Yevres* en Berry), al saber la muerte de su padre. Habiendo sido proclamado rey por el reducido número de leales que lo acompañaban, se vistió de luto, oyó misa en el oratorio del castillo, y luego desplegó su bandera con las flores de lis de oro. Unos cuantos de su comitiva gritaron ¡*Viva!* y hé aquí un rey de Francia.

Richemond, Dunois, Xaintrailles y La Hire sostuvieron el honor francés sin poder arrancar la Francia de los extranjeros: apareció Juana de Arco y se salvó la patria.

Algo de milagroso se echa de ver en la historia de aquellos tiempos, tanto en las épocas de desgracia, como en las de prosperidad. Una vision extraordinaria despojó de juicio á Carlos VI; misteriosas revelaciones armaron el brazo de Juana de Arco: de manera que una causa sobrenatural arrebató el cetro de las manos de la raza de San Luis, y un prodigio se lo volvió á dar.

En el carácter de Juana de Arco campean la candidez de una aldeana, la debilidad de una mujer, la inspiración de una santa, y el denuedo de una heroína.

Despues de haber conducido á Carlos VII á Reims, y haberlo hecho consagrar, quiso volver á guardar los rebanos de su padre; pero no se lo permitieron. Cayó en manos de los borgoñones en una vigorosa salida que hizo al frente de la guarnición de Compiègne. El duque de Bedford mandó cantar un *Te Deum*, y se creyó ser ya dueño de Francia. Los borgoñones entregaron Juana de Arco á los ingleses mediante una cantidad de diez mil francos, y fue transportada á Rouen en una jaula de hierro y encarcelada en una de las torres del castillo. Formáronle causa, entendiendo en su tramitación el obispo y un canónigo de Beauvais. «*Aquella jóven tan sencilla*, dicen los historiadores, *que nada mas sabia que rezar el Padre Nuestro* no se turbó un solo instante, y algunas veces dió sublimes contestaciones.» Habiendo sido condenada á ser quemada viva por bruja sufrió su sentencia en 30 de mayo de 1431.

Levantóse en la plaza del Mercado antiguo, en Rouen, una hoguera en frente de la cual se sentaron como presidiendo los jueces seculares y eclesiásticos, ó mas bien dicho los asesinos en ambos derechos. Juana vestía traje de mujer con una corona en la que se leían estas palabras: *apostata, relapsa, idólatra, herética*. La triste no había servido mas que á los altares de su patria. Presentóse amarrada de piés y manos, y sostenida por dos frailes dominicos. Los ingleses habían ya conseguido que los verdugos ataran aquellas manos que sus soldados no habían podido encadenar.

Juana puesta de rodillas pronunció una breve oración encomendándose á Dios y á la piedad del concurso, y por último habló generosamente del rey que no se acordaba de ella. Los jueces, el pueblo, el ver-

dugo, y hasta el mismo obispo de Beauvais derramaron lágrimas.

La sentenciada pidió un crucifijo: un inglés rompió el baston, lo puso en forma de cruz y se lo dió: Juana lo cogió como pudo; estampó en él sus labios, lo apretó contra el pecho, y subió á la hoguera: Bayardo quiso morir apoyándose en el pomo de su espada, porque formaba una cruz de hierro.

La buena conducta del segundo confesor de Juana hizo poner en olvido el infame proceder del primero: no quiso separarse de su penitente. La hoguera estaba dispuesta en alto de manera que todo el pueblo presenciara la ejecución, y esta circunstancia hacia mas largo y doloroso el momento del suplicio. Así que Juana empezó á verse rodeada de llamas suplicó al hermano Martin que se retirara, lo cual tuvo que hacer el buen religioso seguido del otro que le asistía. El dolor arrancó algunos gritos á la pobre jóven y gloriosa doncella. Ya podían los ingleses estar seguros; ya no oían la voz de la heroína sino en el campo del martirio. La última palabra que se oyó pronunciar á Juana en medio de las llamas fue Jesús, nombre del consolador de los afligidos y del Dios de su patria.

Cuando creyeron que habría espirado, separaron los tizones de la hoguera para que el pueblo pudiera contemplar el cadáver; pero las llamas habían devorado los mortales despojos de la jóven, menos el corazón que se conservaba aun entero.

Tres grandes poetas han celebrado á Juana de Arco: Shakespeare, Voltaire y Schiller. En concepto del primero, Juana es una hechicera que tiene demonios á su disposición. Segun Schiller es una mujer divina inspirada del cielo, que debe su fuerza á la inocencia y que la pierde al sufrir una pasión. La Juana de Shakespeare reniega de su padre, simple pastor; se finge embarazada para retardar el suplicio, y tan pronto dice que *Alençon es el que ha merecido su amor*, como que es *René, rey de Nápoles, quien ha triunfado de su virtud*; pero Shakespeare, á pesar de su sangre inglesa, presta á la jóven sentimientos heroicos. Al ver vacilar á Carlos VII sobre si atacará ó no al enemigo, pone en boca de la jóven estas palabras: «Mandad á la victoria, y la victoria será vuestra.» Al ser cogida le hace exclamar: «Ya ha llegado, pues, la hora en que Francia debe cubrir con un velo la arrogante cimera de su casco, y dejar caer su cabeza en el regazo de Inglaterra.» Al oír la sentencia de muerte la heroína pronuncia estas palabras: «Juana de Arco ha vivido casta y sin tener que reprochar nada á sus pensamientos: su sangre pura que vuestros bárbaras manos derraman injustamente gritará venganza contra vosotros en las puertas del cielo.»

Schiller en su admirable tragedia, pone en boca de la inspirada heroína estas palabras: «¿Debe este reino caer? Esta gloriosa tierra, la mas hermosa que el sol alumbraba en su carrera, ¿podrá ser condenada á la esclavitud?... ¡Cómo! ¡No tendríamos en lo sucesivo un rey que nos pertenezca! ¡Un soberano que haya nacido en nuestro suelo! ¡El rey que nunca muere desaparecía por último de nuestra patria! ¡El extranjero que quiere dominar sobre nosotros podría tener afecto á una tierra donde no reposan los despojos de sus antepasados? ¿Podría nuestro idioma ser entendido de su corazón? ¿Ha pasado sus primeros años en medio de una juventud francesa, podrá ser por ventura padre de nuestros hijos?»

Y Voltaire, el poeta francés, entre el poeta inglés y el poeta alemán, ¿qué es lo que hace decir á Juana de Arco? Confesémoslo en obsequio del siglo en que vivimos, aquel crimen de ingenio, aquella disolución de talento, no sería posible en la actualidad; Voltaire tendría que ser francés, tendría que hablar como tal tanto por sus sentimientos como por su gloria. Antes de establecerse las nuevas instituciones, cada familia francesa tenía, digámoslo así, sus costumbres parti-

culares; ahora hay costumbres públicas, generales, y donde quiera que estas existen, no pueden los grandes insultos á la patria llegarse á consumir: la libertad es la salvaguardia de esas celebridades nacionales que pertenecen á todos los ciudadanos. Por lo demás, Voltaire es tan justo cuando habla como historiador y filósofo, como inicuo cuando se presenta como poeta impío.



RICO

LUIS XI, OLIVÉRIO EL GAMO Y TRISTAN DE LA ERMITA.

desgracias, no conservaron en todo el ámbito de Francia mas terreno que Calais, primera conquista de Eduardo III (1449 hasta 1453). Talbot, último de los héroes de aquellos ejércitos ingleses, perdió la vida en la batalla de Castillon.

En aquella época vivía Inés Sorel, *dama de hermosura*, que dominaba al rey y lo impelia á la gloria. Carlos VIII tuvo tres hijas de esta señora, que fueron Carlota, Margarita y Juana. Monstrelet asegura que el monarca nunca tuvo con ella mas que una intimidad de alma y de pensamiento (1445 y 46).

El tratado de Arras reconcilió al rey de Francia y al duque de Borgoña: Paris abrió sus puertas al mariscal de Isle-Adam (1436), y de allí á un año se verificó la entrada solemne de Carlos VII. La tregua firmada entre Francia é Inglaterra espiró en 1448.

Carlos VII y sus generales volvieron á recobrar la Normandía, Guyena y Burdeos: los ingleses, despues de una tan larga ocupacion y de haber causado tantas

El Delfin, Luis XI, acantonado durante quince años en el Delfinado, tan pronto en rebelion abierta, tan pronto conspirando en secreto contra su padre, se retiró cerca del duque de Borgoña, y permaneció á su lado cerca de seis años (1456).

Formóse causa al duque de Alençon, príncipe de la familia real; fue condenado á muerte, pena conmutada en la de prision. Luis XI lo sacó de ella y tuvo que volverlo á meter por nuevas conspiraciones.

Estallaron las rivalidades entre las familias de York y de Lancastre en Inglaterra, dando lugar á las revo-

luciones y guerra de la *rosa blanca* y la *rosa encarnada* (desde el 1457 al 1461).

Dejóse Carlos VII morir de hambre por temor de ser envenenado por su hijo, y espiró en Meun (Berry) en 22 de julio de 1461. Dicese ingeniosamente que no habia sido mas que un mero testigo de las maravillas de su reinado.

Fue aquel monarca ingrato, descuidado y superficial: defectos que le fueron de alguna utilidad durante su mala suerte, pues como no la sentia, pudo darse apariencia de saber dominarla.

Veinte años de calamidades amaestran los ánimos comunicándoles una prodigiosa actividad. Las leyes, la administracion, el arte militar, las ciencias y las letras se ilustraron con las necesidades de una socie-

dad atormentada por todas las calamidades de las guerras civil y extranjera. El poder popular se fue engrandeciendo con todo lo que el poder aristocrático acababa de perder; al mismo tiempo que la monarquía disputada, y la corona atacada en su orden hereditario, tuvieron que consagrar sus derechos legítimos, corroborándolos con los de la nacion.

No ocurren grandes escenas ni se ventilan ante el pueblo grandes causas, sin que las masas adquieran nuevas ideas, y el círculo del espíritu humano vaya cobrando nuevo ensanche. Asi vemos que, en tiempo de Carlos VI y Carlos VII, movimientos populares reemplazaron á los movimientos aristocráticos, y se cometieron excesos de naturaleza desconocida hasta entonces: los clérigos y los nobles degollados en el



JUAN DE ARC EN LA PRISION.

fondo de las prisiones anunciaban el renacimiento de las pasiones populares. El incremento de la propiedad media y el de las ciudades y su poblacion; el progreso del derecho civil; la destruccion material de las corporaciones de nobles; la multiplicacion de los hijos menores de familia, que careciendo casi todos de patrimonio, y no teniendo ni el recurso de vivir como comensales de sus hermanos mayores, se iban confundiendo por su miseria entre las filas de la plebe, esas son las verdaderas causas que produjeron durante Carlos VI y Carlos VII una de las mayores transformaciones de la monarquía.

Reinando Carlos VII tocaron á su fin las leyes del feudalismo, de las cuales no quedaron en pié mas que las costumbres. Apremiados los pueblos á la defensa comun por la invasion extrahjera, pusieronse naturalmente á disposicion del jefe militar en torno del cual se habian agrupado: nunca se verifica este movimiento sin que perezcan las libertades. Durante las turbulencias del Estado la nacion no votó la contribucion destinada para el pago de las tropas regulares: despues de aquellos sucesos la monarquía se encontró con una contribucion arbitraria y un ejército perma-

nente, sólidos ejes de la monarquía absoluta. Las costumbres llegaron á ser medio caballerescas, medio soldadescas: el *caballero* se convirtió en *soldado de á caballo*, y la *turba pedestre* en *infantería*. Los hermanos Bureau reglamentaron la artillería: apenas se encontraba un hombre que no hubiera sido soldado.

Carlos VII instituyó un consejo de Estado que llegó á ser consejo ejecutivo. No formando ya el Parlamento parte del consejo del rey, vió mejor el límite de sus funciones judiciales, y al mismo tiempo retuvo en su poder las atribuciones políticas de que se habia apoderado ya; pues á fines del siglo XIV los Estados habian ya casi dejado de ser convocados.

La historia de las ideas principia á mezclarse con la historia de los hechos. Renacen, ó por lo menos se desarrollan los espectáculos modernos. A los combates de fieras, á los bufones de la primera y segunda raza sucedieron en tiempo de la tercera los trovadores, los juglares, los músicos, la asociacion de la *Madre loca*, los *cofrades de la Pasion*, los *niños sin aprension*, y otra multitud de comparsas de extrañas denominaciones que proporcionaban al pueblo diversiones groseras sin duda; pero en cuya confusion de